

Virgen y Esposa

Novena y Fiesta de la Inmaculada 2021

Queridos amigos y familia del Seminario:

Inmersos en la “nueva normalidad”, los días pasan rápido y las hojas del calendario parece que vuelan. Mientras el primer trimestre va consumiéndose, llama ya a nuestras puertas la Fiesta de nuestro Seminario: La Inmaculada. El inicio de los ensayos es el pregón anual que nos anuncia la cercanía de los días grandes y la invitación a comenzar la preparación más importante: la interior, la del corazón.

La devoción a la imagen que preside nuestra Capilla Mayor y todos los preparativos que rodean la preparación de su fiesta, han sido siempre estímulo de fidelidad y de crecimiento en santidad para los seminaristas, generación tras generación. La Novena, las Vísperas, el color azul... La Fiesta de la Inmaculada, junto con las Ordenaciones, son los días más grandes en la vida del Seminario.

La novena de San José.

No, no me he equivocado. Lo que os anuncio es la novena de la Inmaculada, pero este año la dedicaremos a la contemplación y reflexión sobre la figura de su esposo. “San José, de cierto, te llevará a nuestra Señora, la Virgen María; y los dos a Jesucristo. A Jesucristo, por José y María”, le gustaba decir al Siervo de Dios Ángel Riesco, muy devoto del santo.

En la Inmaculada del 2020, daba comienzo en la Iglesia un año dedicado a San José, convocado por el Papa Francisco con motivo de celebrarse el 150 aniversario de la declaración del santo Patriarca como Patrono de la Iglesia. Había sido el Beato Pío IX quien realizara esta declaración entonces. Ahora, nos disponemos a clausurar este Año en la próxima Fiesta de la Inmaculada. La situación de pandemia en que transcurrieron las celebraciones del curso pasado nos llevó a contemplar a María como Consoladora de los afligidos, pero no podíamos dejar pasar la oportunidad, en las postrimerías del Año de San José, de proponer su figura y su vocación como centro del itinerario espiritual de la novena del 2021.

La verdad es que sabemos pocas cosas de San José. Sólo aparece su figura en algunos de los relatos de los Evangelios de la Infancia de Jesús, pero es suficiente para entender qué tipo de padre fue y la misión que la Providencia le confió. Como dice el Papa Francisco en la Carta apostólica “*Patris Corde*”, publicada en la convocatoria del Año Josefino: “La grandeza de San José consiste en el hecho de que fue el esposo de María y el padre de Jesús”.

Sabemos que fue un humilde carpintero (cf. Mt 13,55), desposado con María (cf. Mt 1,18; Lc 1,27); un «hombre justo» (Mt 1,19), siempre dispuesto a hacer la voluntad de Dios manifestada en su ley (cf. Lc 2,22.27.39) y a través de los cuatro sueños que tuvo (cf. Mt 1,20; 2,13.19.22). Después de un largo y duro viaje de Nazaret a Belén, vio nacer al Mesías en un pesebre, porque en otro sitio «no había lugar para ellos» (Lc 2,7). Fue testigo de la adoración de los pastores (cf. Lc 2,8-20) y de los Magos (cf. Mt 2,1-12), que representaban respectivamente el pueblo de Israel y los pueblos paganos. (PC)

Después de María, la Madre de Dios, ningún santo ha ocupado tanto espacio en el Magisterio pontificio como José, su esposo. Los papas han profundizado en el mensaje contenido en los pocos datos transmitidos por los Evangelios para destacar su papel central en la historia de la salvación:

San Pablo VI observa que su paternidad se manifestó concretamente «al haber hecho de su vida un servicio, un sacrificio al misterio de la Encarnación y a la misión redentora que le está unida; al haber utilizado la autoridad legal que le correspondía en la Sagrada Familia, para hacer de ella un don total de sí mismo, de su vida, de su trabajo; al haber convertido su vocación humana de amor doméstico en la oblación sobrehumana de sí mismo, de su corazón y de toda capacidad en el amor puesto al servicio del Mesías nacido en su casa»(PC)

No conservamos ni una sola palabra de San José, pero su silencio y su estar siempre en la sombra son elocuentes para todos, especialmente para los sacerdotes y quienes os preparáis para serlo. El siervo de Dios, Ángel Riesco, escribió:

“Es bellísima la figura que la Divina Providencia nos ha dado en San José. Todo en él es una delicadísima penumbra. Espíritu encantador, ocupó siempre un puesto secundario para que la Virgen ocupara el suyo y Jesús destacara como Dios-Hombre. ¡Cuánta gloria han dado a Dios los silencios de San José! ¡Cuánto prestigio han dado a la Iglesia los silencios de San José! ¡Cuántísimo bien han hecho a millones de almas los silencios de San José! (Nuestro Padre San José, Devocionario)

En primer lugar, unir a San José con María Inmaculada viene a recordarnos que ambos constituyen un matrimonio bien avenido. Y lo que Dios ha unido no debemos separarlo nosotros. Si observamos atentamente a estos dos esposos, nos daremos cuenta que quien los une es Jesucristo. El desposorio de María y José quedó consagrado porque cada uno aceptó la misión de consagrarse plenamente a Jesucristo.

La vocación de María nos la relata San Lucas (Lc 1, 26-38) y la de José nos la relata el Evangelio de San Mateo (Mt 1,18-25). Cada uno recibió parecida llamada de Dios por medio del ángel, pidiendo a cada uno su plena colaboración en el plan redentor: que el Verbo se hacía carne en el vientre virginal de María madre y que José había de acoger, dando cobertura a María y a quien llevaba en su seno, y recibiendo en su casa el misterio de la encarnación. Tanto uno como otro dieron su asentimiento, y Dios ha podido llevar a cabo su plan redentor con la imprescindible colaboración de ambos.

La Carta apostólica “*Patris Corde*”, que nos servirá de itinerario espiritual en la novena, es una invitación a contemplar esta figura de San José, de la que todos podremos sacar lecciones en nuestra relación con el Señor y para nuestra vida cristiana. Él es un padre amado por su esposa y por su hijo, porque es un padre amante, un esposo entregado. Él es padre en la ternura hacia Jesús, y Jesús vio la ternura de Dios en José. Es padre en la obediencia al plan de Dios, al que se somete de lleno, como María, como Jesús. Es padre en la acogida. Es padre en la valentía creativa. Es un padre trabajador, es padre en la sombra.

En un momento donde la crisis de paternidad afecta a todos los ámbitos, familiar, social y eclesial, poner a San José en el primer plano debe enseñarnos a todos nosotros, especialmente a sacerdotes y seminaristas: a ser varones en plenitud, a sentirnos llamados a ejercer una paternidad y a comprender que a tener autoridad se aprende obedeciendo.

San José desempeña una misión especialísima en el seno de la Sagrada Familia. Todos estamos llamados a cuidar nuestras familias, donde se desarrollan tantas capacidades y se educan los afectos. El Seminario es, de alguna manera, también nuestra familia y somos responsables de cuidarla, aportar cada uno lo mejor de sí mismo, dejarse enseñar por los demás y, en definitiva, estrechar lazos y cultivar amistades que nos ayuden a ser mejores y a caminar juntos en la fe.

Os invito también estos días, y siempre, a cuidar el sentido y el ambiente de familia en el Seminario. Las madres hacen siempre todo más fácil y María Inmaculada no dejará de hacerlo también con sus hijos del Seminario.

Al leer y meditar esta Carta del Papa, iremos creciendo en la devoción al Santo Patriarca e imitando sus virtudes. Él también nos prepara en el Adviento para salir al encuentro de Cristo que viene.

San José, Padre de los seminarios.

Entre los numerosos patronazgos que la Iglesia encomienda a San José, no puede pasarnos inadvertido el de los Seminarios. La Inmaculada, junto con Santo Toribio, es la Patrona de nuestro Seminario Diocesano de Astorga, pero San José es invocado como patrono de los seminarios y, en su fiesta, se hace memoria cada año de esta institución tan importante en la vida de la Diócesis.

San José cuidó de la Sagrada Familia en el hogar de Nazaret, ese lugar oculto en el que nuestro Salvador, estando sujeto a José y María, fue «creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres» (Lc 2, 52). Cada seminario, a semejanza del hogar de Nazaret, quiere ser ese lugar donde se cuide y haga crecer el don de Dios. San José, como padre judío encargado de la educación de su hijo, fue el “primer formador” de un seminario. Por ello, aquel que cuidó y forjó las manos y la persona de Jesús es también padre de los seminaristas, de aquellos que han recibido la llamada a configurar su vida con Cristo en el sacerdocio.

Nuestro Seminario diocesano sufre la escasez de vocaciones que sufre la Iglesia en nuestros ambientes, por tantas razones que no es ocasión de repetir. Pero sí creo que debemos llevar a nuestra consideración, orante y activa, cómo estamos cada uno colaborando con nuestro Seminario y con la obra de las vocaciones sacerdotales, de modo particular los sacerdotes y los propios seminaristas.

Hay especiales dificultades para que los chicos vengan hoy al Seminario Menor. El ambiente tan raro de sospecha hace incluso que ni siquiera tengamos monaguillos en muchas parroquias, que siempre han sido una cantera preciosa. Precisamente por eso, porque hay especiales dificultades en nuestros días, es necesario potenciar con más dedicación el cultivo de estas vocaciones.

Es habitual que cuando uno es llamado al sacerdocio, en la percepción de la llamada tenga que ver el testimonio de algún sacerdote que se le ha cruzado en la vida. Así ha sido en la historia de tantos de nosotros. A los sacerdotes y seminaristas os propongo que demos gracias a Dios por los curas que nos han ayudado en nuestra historia vocacional y, a la vez, os invito a que nos preguntemos: ¿Vivo mi sacerdocio con la ilusión y el entusiasmo con que pueda encandilar a otros y atraerlos hacia esta vocación? Al ver la vida que llevo, ¿otros se sentirán llamados?

Estamos llamados a cuidar sobre todo el corazón: “porque donde está tu tesoro, allí estará tu corazón” (Mt 6,21). *Amor meus pondos meum*. Y nuestro tesoro es Jesucristo, que nos ha enamorado y nos hace partícipes de los amores de su corazón. El Seminario lo sostiene el presbiterio diocesano. Un presbiterio con sacerdotes ilusionados, da como resultado un Seminario con nuevas vocaciones.

Pero los seminaristas sois también protagonistas y corresponsables de la marcha y del ambiente del propio Seminario. De vosotros depende, en último extremo, que nuestras casas sean lugares donde hay verdaderas ganas de servir a Dios, de buscar la santidad, de estudiar y de crecer en amistad de unos con otros.

En numerosas ocasiones, los seminaristas mayores en la actividad pastoral y los menores en el contacto diario con vuestros compañeros, os convertís en el rostro concreto del Seminario. ¿Qué pueden ver en vosotros el resto de adolescentes, jóvenes y adultos que os contemplan? Tenéis un reto importante porque podéis hacer que otros se pregunten por su propia vocación o podéis ser un obstáculo.

Tenéis también una responsabilidad grande ante toda la Diócesis que os mira con ilusión y esperanza y espera que de nuestros seminarios salgan bien preparados los sacerdotes que les sirvan el día de mañana. Son muchas las personas que rezan por vosotros, muchas las personas que se sacrifican por vosotros y muchas las personas que colaboran económicamente a vuestra formación y al sostenimiento de nuestros Seminarios. Os invito a vivir con responsabilidad vuestro ser seminaristas, a no acomodarnos y dejar que pasen los días sin empeñarnos verdaderamente en la formación y el discernimiento.

Sirvan estas reflexiones para empeñarnos todos en nuestra respuesta personal a la llamada de Dios y en la pastoral vocacional, pidiendo al Dueño de la mies que mande trabajadores a su mies.

Tenemos que releer las palabras de Santa Teresa para convencernos de que hemos de pedir con fe a San José las vocaciones que nuestra Diócesis necesita:

“Y tomé por abogado y señor a el glorioso San José y encomendéme mucho a él. Vi claro que así de esta necesidad como de otras mayores de honra y pérdida del alma, este padre y señor mío, me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer.” (Libro de la vida, Santa Teresa de Jesús)

Con la confianza de la Santa en que el Señor no niega nada a su Madre y a su Padre, intensifiquemos nuestra oración por el Seminario y por las vocaciones. Las necesitamos.

La Inmaculada, Virgen y Esposa.

En el cartel y el programa de la novena de este año, destaca en la composición de la foto de la Virgen, su anillo. Todos conocemos la hermosa tradición que conserva nuestro Seminario acerca de él. Pero lo importante es su significado: la Virgen no es una Madre soltera, está desposada. La Inmaculada es esposa de Dios Espíritu Santo y también fue desposada con José, que se convirtió así en la sombra del Padre.

En ese anillo, se simboliza una historia de amor entre María y Dios, de la que José fue mediación necesaria. En estos días, también somos invitados a renovar nuestra propia historia de amor, que comenzó el día de nuestro bautismo, y que estamos llamados a vivir en la vocación concreta a la que somos llamados. ¿Cuál es el anillo con el que Dios Padre quiere desposarte?

La Inmaculada, Virgen y Esposa, quiere ayudarte a descubrirlo, para que puedas ser feliz y pleno como ella. Para ello tienes que vivir estos días en actitud de conversión, atento a la Palabra de Dios y cuidando con detalle tu vida espiritual. Cada año os recuerdo algunas cosas, siempre son las mismas, las que yo aprendí y las que han ayudado a tantos como mí. La novedad no está en hacer cosas distintas, sino en renovar el amor con el que hacemos las de siempre:

- coloca en tu habitación una imagen de la Virgen bien visible, ponle una flor y dile que la quieres tantas veces como la mires a lo largo del día;
- vive con más atención la Eucaristía de la novena, pon atención a la palabra de los predicadores y prolonga la acción de gracias después de comulgar;
- reza el Rosario con más devoción, pidiéndole de corazón a la Virgen que te ayude a responder a lo que se te pide en tu edad y momento de formación;
- sé más disciplinado para el trabajo, el estudio, el orden y el servicio en la comunidad. Busca la ocasión de realizar pequeños sacrificios que puedas ofrecer como regalos a la Virgen.
- disponte a realizar una buena confesión que renueve tu vida interior, acogiendo la gracia de la conversión;
- pon interés en los preparativos externos, en el adorno de la casa, en la organización de las cosas, en los ensayos de los cantos y de la liturgia;

Y, sobre todo, escucha, déjate sorprender por Dios y escucha, sé valiente y escucha, entrégate y escucha. Esto es ser seminarista de la Inmaculada, esto es lo que hizo San José.

Dios tiene preparado un anillo para cada uno de nosotros, a todos quiere desposarnos con él. A algunos ya nos lo ha colocado, en el sacerdocio o en el matrimonio; nos toca ser fieles. A otros todavía no os ha llegado el momento, pero no tengáis miedo; en todo caso, será anillo de amor y de felicidad. Mirad la alianza que adorna la mano de la Inmaculada y pedid descubrir y responder a la llamada que Dios os hace; es vuestra vida lo que está en juego.

Felices días. Feliz Fiesta del Seminario. Con María, Virgen y Esposa, en el misterio de su Santa e Inmaculada Concepción y con san José su esposo, gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Amén.

Enrique Martínez Prieto
Rector del Seminario Mayor